



LA ASOCIATIVIDAD NO BASTA: TOCQUEVILLE FRENTE AL INDIVIDUALISMO DEMOCRÁTICO

Associations are not enough: Tocqueville versus democratic individualism

Francisca Echeverría¹

¹Universidad de Los Andes, Chile. mfecheverria@uandes.cl

RESUMEN

Siguiendo a Alexis de Tocqueville, numerosos autores contemporáneos han visto en la vitalidad de las asociaciones locales un elemento esencial para la salud de las democracias. Sin embargo, muchos de ellos olvidan que la asociatividad es para Tocqueville una respuesta a un fenómeno social concreto: el *individualismo democrático* que lúcidamente captó en su observación de la sociedad estadounidense del siglo XIX. El presente trabajo busca profundizar en la noción de individualismo democrático expuesta por Tocqueville en *La Democracia en América* y sus potenciales efectos sobre la libertad, y analiza el alcance de su propuesta de asociatividad frente a este fenómeno. A diferencia de lo que postulan autores contemporáneos que solo parecen atender a criterios de descentralización y eficiencia e ignoran el fenómeno del individualismo, el artículo sugiere que la mera asociatividad local no basta para salvar a la democracia de sus patologías

PALABRAS CLAVE: Tocqueville; democracia; individualismo; asociaciones locales; libertad.

ABSTRACT

Following Alexis de Tocqueville, many contemporary authors have seen in the vitality of local associations an essential element for the health of democracies. However, many of them forget that associations are for Tocqueville a response to a concrete social phenomenon: *democratic individualism* that he lucidly captured in his observation of 19th century American society. This paper seeks to delve into the notion of democratic individualism exposed by Tocqueville in *Democracy in America* and its potential effects on freedom, and analyzes the scope of his proposal for associations in the face of this phenomenon. Unlike what contemporary authors postulate that only seem to attend to criteria of decentralization and efficiency and ignore the phenomenon of individualism, the article suggests that mere local association is not enough to save democracy from its pathologies.

KEYWORDS: Tocqueville; democracy; individualism; local associations; freedom.

Fecha de Recepción

2020-10-08

Fecha de Evaluación

2021-01-05

Fecha de Aceptación

2021-04-15

INTRODUCCIÓN

Siguiendo a Alexis de Tocqueville, muchos autores contemporáneos han visto en la vitalidad de las asociaciones locales un elemento esencial para la salud de las sociedades democráticas. En efecto, desde Putnam hasta los Ostrom, la atención se ha centrado en la importancia de una sociedad civil robusta y de formas descentralizadas de organización social como alternativa tanto frente al estatismo como ante la atomización que pone en riesgo la cohesión misma de una sociedad. Ahora bien, una mirada atenta al diagnóstico de Tocqueville parece mostrar que, si bien la promoción de la asociatividad local es fundamental para una sana democracia, no es suficiente. El punto de arranque de este autor es el fenómeno del *individualismo* que percibe unido al movimiento democrático, y no es claro que la mera asociación sea capaz de evitar sus consecuencias más problemáticas.

En efecto, la aguda observación que hace Tocqueville de la sociedad estadounidense de inicios del siglo XIX le permitió captar un rasgo central de la democracia moderna como nadie lo había hecho hasta entonces. El que en ocasiones ha sido calificado como el primer sociólogo, comprendió que la democracia no es exclusiva ni fundamentalmente un procedimiento político sino un *hecho social*, un estado caracterizado por el sentimiento de semejanza entre los hombres. Descubrió que este fenómeno, mediante el cual los ciudadanos se perciben unos a otros como iguales, modifica radicalmente las relaciones humanas y permea todos los aspectos de la vida. Como parte de la gran corriente liberal,¹ el autor se fascina con el movimiento democrático, aunque simultáneamente vislumbra y teme el alcance de llevarlo hasta sus últimas consecuencias. En efecto, Tocqueville comprende con claridad que la igualdad y la democracia tienden a separar a los hombres, que cambian incluso la percepción de sí mismos: ya no se conciben desde sus vínculos, desde su pertenencia —a una familia, a un gremio, una nación—, sino de manera individual. Así, el autor percibe que, en el paso de las sociedades antiguas a las modernas, las relaciones entre las personas se modifican y se vuelven más laxas: lo anterior da lugar a una atomización social, en que los agentes tienden a separarse unos de otros, con consecuencias políticas de primera importancia (Tocqueville, 2018, II, 2, pp. 1-2).

Una mirada retrospectiva para rastrear los orígenes del individualismo permite comprender con Pierre Manent que la hipótesis sobre la que se funda la Modernidad —el supuesto teórico de individuos aislados e insociables del que arranca Hobbes (1982)—, se había hecho

¹ La relación entre Tocqueville y el liberalismo ha sido ampliamente discutida, aunque él mismo se describió como un liberal de una nueva especie, adherente a un liberalismo no revolucionario (Craiutu, 2005, p. 603).

realidad: a la vuelta de pocos siglos, los hombres eran cada vez más autónomos, más iguales, menos definidos por su pertenencia a una familia o a una sociedad (Manent, 1990, p. 10). ¿Cómo se había llegado a esta situación? La pregunta política de la Modernidad –cómo lidiar con un individuo dominado por sus apetitos– había dado origen al Estado moderno como garante de la paz entre hombres que tienden a la guerra; más tarde, a la necesidad de limitar el poder de ese Leviatán; y, finalmente, al descubrimiento del comercio como ámbito de actividad que parecía capaz de reemplazar a la peligrosa política y satisfacer las pasiones humanas de manera pacífica (Hirschman, 1978). Ya en el siglo XVIII Montesquieu observa que esa expansión de la actividad económica separaba a los individuos y disolvía el espíritu comunitario, al introducir la lógica del intercambio exacto en sus relaciones y, aunque no lo lamenta, admite que hay una sociabilidad que se pierde (Montesquieu, 2007). Junto con lo anterior, reconoce que la misma noción de ciudadanía se ve debilitada en el esquema político moderno (donde los hombres serían más confederados que conciudadanos), pero eso es precisamente lo que se persigue: en perspectiva moderna, la representación y el comercio son vistos como modos de ‘neutralizar’ al *ciudadano* y convertirlo en *individuo*, para evitar que ponga en riesgo la frágil paz social y la libertad (Hirschman, 1978). Lo que Tocqueville observa con lucidez es que ese proceso de igualación e individualización de los hombres posee también aspectos problemáticos.

Frente a ciertas interpretaciones de la obra de Tocqueville que solamente atienden a la descentralización y a la eficacia funcional de la asociatividad local, el presente artículo busca volver la mirada hacia el individualismo democrático como punto de partida de la reflexión del autor y reconsiderar el papel que cumplen las asociaciones locales frente a este fenómeno. La primera parte del trabajo ahonda en la noción de individualismo democrático y sus consecuencias tal como las aborda Tocqueville en el segundo tomo de *La Democracia en América*, especialmente el debilitamiento del tejido social y el riesgo de pérdida de libertad, tanto política como de pensamiento (I). A continuación, se describe la propuesta de la asociatividad para hacer frente a estas dificultades, tal como la concibió el mismo Tocqueville y se esbozan algunas de sus limitaciones (II). Finalmente se plantea la pregunta que mueve al artículo: ¿basta la asociatividad para superar el individualismo democrático, esto es, para salvar a la democracia de sus patologías? (III). La obra del autor permite concluir que las diversas formas de asociatividad civil son fundamentales, pero que para superar los corrosivos efectos de la atomización social hace falta algo más que asociación circunstancial en torno a objetivos puntuales. En otras palabras, el mismo Tocqueville parece consciente de los límites de ciertas formas de asociación para hacer frente a los problemas de la democracia, a diferencia de muchos de sus comentaristas, que presentan la

asociatividad local como una solución técnica e infalible ante los desafíos políticos y sociales del fenómeno democrático. La obra de Tocqueville, junto con aportar una luminosa intuición acerca de la necesidad de estimular la vida política a nivel local, conduce también a preguntarse por el *tipo de vínculos sociales* capaces de fundamentar una democracia sana y resguardarla de sus propios riesgos. Aún está pendiente una reflexión sistemática sobre las formas de asociación que hacen posible simultáneamente la cohesión social y la libertad, pero el análisis del individualismo democrático en Tocqueville contribuye a sentar las bases para esa tarea.

LO QUE TOCQUEVILLE VIO: EL INDIVIDUALISMO DEMOCRÁTICO Y SUS CONSECUENCIAS

Como se ha dicho, Tocqueville se deslumbra con la democracia en Estados Unidos —que ve definida por el sentimiento de semejanza entre los hombres—, pero a la vez reconoce su tendencia a generar dinámicas problemáticas para sí misma. En efecto, el autor observa que el fenómeno democrático conduce a la erosión de la noción de autoridad, según la cual los hombres admiten depender unos de otros. Cuando todos nos percibimos como absolutamente iguales, no hay motivo para que uno acceda a obedecer a otro o aceptar la influencia de alguien sobre uno mismo (Tocqueville, 2018, II, 1, 1, p. 704). Así, para Tocqueville es claro que el individuo de una sociedad democrática tiende a aislarse, a separarse de los demás. “De todos los efectos políticos que produce la igualdad de condiciones, es ese amor a la independencia el que primero aparece ante la mirada” (Tocqueville 2018, II, 4, 1, p. 1005). El hombre democrático valora tanto su autonomía que, por evitar influjos externos que puedan coaccionarlo, elude relacionarse auténticamente con los demás y se distancia de ellos. Como se ve, la idea de democracia en Tocqueville se encuentra asociada a un tipo particular de relaciones entre los hombres, paradójicamente definida por la ausencia de relaciones (Manent, 1990, p. 239). Este individualismo democrático es un fenómeno nuevo a ojos de nuestro autor, que se distingue del viejo egoísmo, ese amor desordenado de un hombre a sí mismo que lo lleva a referirlo todo a sí.

El *individualismo* es una expresión reciente que una idea ha hecho nacer. [...] Es un sentimiento reflexivo y pacífico que predispone a cada ciudadano a aislarse de la masa de sus semejantes y a retirarse a un lugar alejado con su familia y sus amigos, de tal manera que tras haberse creado así una pequeña sociedad a su modo, abandona gustosamente la grande a sí misma. (Tocqueville, 2018, II, 2, 2, pp. 846-47)

Este fenómeno constituye para Tocqueville el vicio político y moral de la democracia: por una parte, conduce al hombre a replegarse en la esfera privada y retirarse de la vida en común y,

por otra, horada sus virtudes –primero las virtudes públicas y luego todas las demás–, de modo que, aunque no se identifique con el egoísmo, conduce finalmente a él (Tocqueville, 2018, II, 2, 2, p. 847).

El autor ve un cambio significativo en el modo de relacionarse de los hombres en las sociedades democráticas respecto de las anteriores sociedades aristocráticas, que constituyen su frecuente punto de contraste. Observa que la sociedad antigua se encuentra articulada por la idea de jerarquía, por la que todos saben quiénes son y qué lugar ocupan en ese mundo, una sociedad en que el vínculo social está inscrito como un hecho natural en el espacio público:

Se lo percibe [al lazo social] inmediatamente como un hecho objetivo, exterior al sujeto, verificado y confirmado por el deber de cada cual de obedecer a su superior social. En la familia, en la sociedad, los hombres se vinculan y no tienen otra elección. Lo que todo el mundo percibe en el mundo social es, ante todo, el conjunto de los vínculos que lo aferran, lo definen y a los cuales debe responder. (Manent, 2016, p. 190)

En las sociedades democráticas, en cambio, el sentimiento de semejanza que en principio parece acercar a los hombres, debilita según Tocqueville el vínculo entre ellos:

Los hombres que viven en los siglos aristocráticos están casi siempre ligados de una manera estrecha a algo que está situado fuera de ellos, y a menudo están dispuestos a olvidarse de sí mismos. [...] En los siglos democráticos, por el contrario, donde los deberes de cada individuo hacia la especie son mucho más claros, la devoción hacia un hombre [...] se hace más rara. El vínculo de los afectos humanos se distiende y afloja. (Tocqueville, 2018, II, 2, 2, p. 848)

Así, Tocqueville constata que el individuo democrático se basta a sí mismo: siente que no debe nada a nadie y no espera nada de nadie. De este modo, concluye, la democracia separa al hombre de sus antepasados, de sus contemporáneos y de sus descendientes, “le conduce constantemente hacia sí mismo y amenaza con encerrarle finalmente por completo en la soledad de su propio corazón” (Tocqueville, 2018, II, 2, 2, p. 848-49). Comentando a Tocqueville, Manent hace notar que esa distensión de los vínculos modifica profundamente la sociedad como un todo:

... mientras la sociedad anterior se organizaba para vincular a sus miembros, mientras todo en ella estaba destinado a representar y consolidar el lazo social, *nuestra sociedad se organiza para desvincular a sus miembros*, para garantizar su independencia y sus derechos. En un sentido, nuestra sociedad pretende ser una dis-sociedad. (Manent, 2016: 229)²

Así, la sociedad democrática alberga en sí misma el germen de su propia destrucción, una tendencia a disolverse que, sin llegar a realizarse del todo, la configura. Esto permite comprender que el déficit de cohesión social es probablemente un elemento intrínseco de las democracias liberales. Se trata, en suma, del problema fundamental del liberalismo: la dificultad de construir un

² La cursiva es de la autora.

cuerpo político unitario a partir de individuos que se suponen radicalmente independientes (Manent, 1990, p. 76).

Tocqueville percibe las consecuencias del individualismo democrático en la vida común. La más evidente es el resquebrajamiento del tejido social, especialmente en su dimensión más propiamente política: la drástica disminución de la participación, la pérdida del ideal ciudadano, y la privatización de la vida, asociada a un nuevo concepto de libertad, que Constant (2019) describe como el goce apacible de la independencia privada. El autor vincula esa privatización a la expansión del consumo que sigue al deseo de igualdad: “Lo que reprocho a la igualdad no es que arrastre a los hombres a la persecución de los goces prohibidos, sino que los *absorba por entero* en la búsqueda de los goces permitidos” (Tocqueville, 2018, II, 2, II, p. 892).³ Esto debilita las fuerzas del hombre para la acción en común, le quita energía cívica: lo encierra en una existencia cómoda pero sin horizonte, desvinculada de la vida en común con otros.

Lo anterior resulta problemático para Tocqueville, que considera que los hombres se despliegan en la vida colectiva. A diferencia de ciertos autores que ven en toda relación social una opresión (Foucault, 2010), Tocqueville –que no es ingenuo respecto de la ambigüedad de las relaciones humanas–, sostiene que “el espíritu humano no se desarrolla más que por la acción recíproca de unos hombres sobre otros” (Tocqueville, 2018, II, 2, 5, p. 862). Esta convicción coincide con la idea de Hannah Arendt de que la acción humana –lo único que sería prerrogativa exclusiva del hombre– se encuentra unida al hecho de vivir juntos y depende de la constante presencia de los demás (Arendt, 2003, p. 38). En otras palabras, Tocqueville sugiere que la grandeza humana es incompatible con la reclusión deliberada en los placeres privados, que frustra el desarrollo de las potencialidades de los individuos.⁴ De este modo, mientras pareciera que algunos autores modernos y posmodernos apuntan a liberar a los hombres de unos vínculos sociales que consideran necesariamente opresores, Tocqueville vería en el debilitamiento de la sociabilidad una cierta pérdida para el despliegue de la propia humanidad.

Nuestro autor percibe un segundo efecto del hecho democrático, derivado del anterior: en una sociedad de hombres aislados, el crecimiento del Estado no encuentra resistencia. Se trata de una cuestión que suele pasar inadvertida a ojos de otros autores liberales. En efecto, la profundización de la autonomía individual no solo no contribuye a limitar el poder del Estado, sino que tiende a acrecentarlo: en la medida en que separa a las personas, suprime los vínculos fuertes

³ La cursiva es de la autora.

⁴ Sobre la noción de grandeza humana en la obra de Tocqueville, véase Kahan (2015).

entre ellas y disuelve las asociaciones intermedias capaces de fragmentar el poder, deja a los individuos en una situación de gran vulnerabilidad frente a un Estado que solo tiene incentivos a crecer. Esta dificultad se halla en el corazón mismo de la democracia tal como la entiende Tocqueville: movidos por el sentimiento de semejanza y el rechazo a depender de sus iguales, los hombres democráticos no admiten poderes secundarios entre ellos mismos y el Estado (Tocqueville, 2018, II, 4, 2, p. 1110) y se ponen así en riesgo de padecer un gobierno despótico (Tocqueville, 2018, II, 4, 7, p. 1161).

Pero la amenaza de despotismo que percibe Tocqueville frente a la democracia no es solo una cuestión política. El individualismo democrático también expone a los hombres a la tiranía del pensamiento dominante, a la falta de libertad intelectual (Tocqueville, 2018, II, 1, 2, p. 712-13). En efecto, el sentimiento de igualdad conduce a los hombres a resistirse a la influencia de los otros hombres, en quienes no reconocen ninguna autoridad. El individuo democrático no confía en los demás (Tocqueville, 2018, II, 1, 1, p. 698) y, de este modo, la democracia “anula la capacidad de escuchar, porque la alteridad nunca se da en condiciones de igualdad absoluta” (Mansuy, 2019, p. 52). Cada uno queda encerrado en su propio punto de vista, en su personal apreciación de las cosas. Así, la pasión por la igualdad afecta la capacidad misma de pensar: si es cierto que el pensamiento se encuentra estrechamente unido al intercambio intelectual, a la acción, a la influencia por parte de otros, quien se encierra en sí mismo para desde ahí pretender juzgar el mundo destruye las condiciones para su propia actividad personal (Manent, 1990, pp. 248-249). En efecto, el auténtico pensamiento no puede ser en solitario, sino que implica abrirse al riesgo de relacionarse verdaderamente con otro, pero eso requiere estar dispuesto a reconocerle cierta superioridad, aunque sea en algún sentido. A lo anterior, se suman el pragmatismo y la agitación del estilo de vida democrático que, según Tocqueville, dejan poco tiempo para pensar e inducen al hombre que vive en democracia a aficionarse a las ideas generales, que lo eximen de pensar con rigor, de pensar hasta el final (Tocqueville, 2018, II, 1, 3, pp. 725-26).

Como se ha dicho, el individuo democrático no confía en los demás hombres: solo confía en la masa (Tocqueville, 2018, II, 1, 2, p. 712). La opinión dominante es la única autoridad que reconoce en el ámbito de las ideas: ¿cómo él, igual a los demás y sin más autoridad que nadie, podría sostener una opinión divergente de la general? Así, Tocqueville constata que, a medida que los hombres se hacen más semejantes, “la opinión común aparece cada vez más como el primero y más irresistible de los poderes” (Tocqueville, 2018, II, 1, 5, p. 739). El individuo queda sometido a un nuevo despotismo, más suave que el político, pero para nuestro autor más alienante: el poder

paralizador de la opinión pública, de la que resulta difícil liberarse. La impresión de Tocqueville es que Estados Unidos, el país más democrático del mundo, es también el país donde la independencia de espíritu y la libertad de discusión se encuentran más amenazadas (Manent, 1990, pp. 248, 250).

En suma, el fenómeno democrático que introduce la igualdad entre los hombres y fascina a Tocqueville, pone en marcha simultáneamente un proceso de individualización que tiene complejas consecuencias en la comunidad política y en la libertad de los ciudadanos. El que a primera vista podía parecer un régimen de apertura, acaba siendo un régimen de encierro (Mansuy, 2019, p. 52), de aislamiento, que está lejos de ser inocuo. Nuestro autor es dolorosamente consciente de las tensiones internas de la democracia e intenta buscar un camino que permita salvarla de sus propios riesgos.

ASOCIACIÓN: LA PROPUESTA TOCQUEVILLIANA

La fuerza de la democracia –el hecho social que hace que los hombres se perciban como iguales entre sí y borra la idea de jerarquía–, propicia también la separación de unos de otros y empuja a cada uno a recluirse en su propia intimidad, tendencia que Tocqueville considera la naturaleza de la democracia y ve necesario combatir. En su observación de la sociedad estadounidense, nuestro autor descubre en la fuerte asociatividad del pueblo norteamericano una clave para hacer frente a esa fuerza centrípeta de las naciones democráticas. Tocqueville se asombra ante el hecho de que, en Estados Unidos, los hombres se asocien para todo: no solo para el comercio y la industria, sino para fines de todo tipo, como dar fiestas, edificar albergues, levantar iglesias, distribuir libros y crear hospitales, prisiones o escuelas. Mientras en las sociedades aristocráticas el señor era quien impulsaba la acción común, en las sociedades democráticas la acción colectiva tiende a faltar; y es precisamente la asociación lo que permite que esa sociedad no se desintegre (Tocqueville, 2018, II, 2, 5, pp. 859-861). Tocqueville observa el acierto de los gobernantes americanos de haber descubierto que no bastaba con la representación política, sino que “convenía dar una vida política a cada parte del territorio a fin de multiplicar al infinito para los ciudadanos las ocasiones de actuar unidos y de hacerles sentir todos los días que dependen los unos de los otros” (Tocqueville, 2018, II, 2, 4, p. 855).⁵

⁵ Junto a la asociatividad, el autor ve en la religión un elemento fundamental para hacer frente a la tendencia al aislamiento y contribuir a dotar de cohesión al cuerpo social. Para mayor detalle sobre la relación entre libertad democrática, religión y asociatividad, puede verse, por ejemplo, Schleifer (2012).

Para nuestro autor, la vida política a nivel local va contra al espíritu de la democracia y ha de ser creada artificialmente mediante la asociación (Tocqueville, 2018, II, 2, 5, p. 862), ese “arte de la democracia” que tan bien cultivan los norteamericanos. De este modo, según él el principal objetivo de un gobierno democrático debiera ser impulsar esa asociatividad, al punto de animar a “crear *asuntos* comunes que *fuerzen* a los hombres a entrar en contacto los unos con los otros” (Tocqueville, 2018, II, 2, 4, p. 855), que los hagan salir de sí mismos y experimentar la necesidad de actuar en común. Se trata de una visión subsidiaria del Estado, que impulsa activamente la asociatividad y evita ahogar la interacción humana al momento de acudir en ayuda de los ciudadanos:

Es preciso, pues, que incluso cuando presta apoyo a los particulares, el gobierno no les descargue por completo el cuidado de ayudarse a sí mismos uniéndose, que también les rehúe su ayuda a fin de dejarles encontrar el camino para bastarse a sí mismos y que retire su mano a medida que comprendan mejor el arte de hacerlo. (Tocqueville, 2018, II, 2, 5, p. 865)

La asociatividad que tiene en mente Tocqueville da origen a una multitud de cuerpos intermedios que forman un entramado de gran vitalidad política. Se trata de un modo de reconstituir artificialmente el tejido social debilitado por el individualismo democrático, lo que para el autor haría posible el despliegue de lo humano en la acción común y asegura la independencia de los particulares respecto del Estado, al mitigar el poder del soberano sobre cada hombre. Tocqueville ve que esto permitiría asegurar la libertad política, que se encuentra amenazada por la atomización a la que conduce la igualdad. Sin embargo, nuestro autor no es nostálgico del mundo social premoderno: su idea no es reconstituir una sociedad aristocrática, sino hacer brotar la libertad del interior de una sociedad democrática (Tocqueville, 2018, II, 4, 7, pp. 1163-1165).

De este modo, Tocqueville aporta una luminosa intuición acerca de lo que parece el problema medular de las sociedades democráticas –su tendencia a aislar a los individuos, que se traduce en un movimiento inconcluso hacia la disgregación– y el modo de abordarlo mediante el arte de la democracia. Su reflexión despierta, no obstante, algunas interrogantes. En efecto, la obra de Tocqueville presenta cierta ambigüedad respecto de la transformación de los vínculos comunitarios en la democracia, en concreto, de aquellos que se dan al interior de la familia. Para el francés, la democracia vuelve más fuertes los vínculos familiares: el sentimiento de semejanza, al debilitar las jerarquías a todo nivel, tornaría la relación entre padres e hijos más cercana y afectiva, por lo que ese vínculo se haría más estrecho (Tocqueville, 2018, II, 3, 8, p. 976). Sin embargo, aunque es indudable el cambio en el trato entre padres e hijos en la sociedad democrática respecto de la aristocrática, no es claro que esa mayor horizontalidad y cercanía ha contribuido a fortalecer

el vínculo entre ellos. Es más, esto pareciera entrar en tensión con la idea central del autor de que la democracia produce aislamiento, conduce a cada uno a concebirse a sí mismo de un modo separado del resto y tiende a encerrarlo en la “soledad de su propio corazón” (Tocqueville, 2018, II, 2, 2, p. 849). Si el fenómeno democrático vuelve más suave y afectivo el lazo entre padres e hijos ¿qué motivo habría para que la dinámica de disolución de vínculos a la que conduce la democracia en otras esferas no alcance también el ámbito familiar? El silencio de Tocqueville frente a este punto no deja de causar extrañeza, si se tiene en cuenta su notable perspicacia para captar el efecto diluyente de la democracia en los vínculos sociales. Conviene considerar, sin embargo, el estado germinal en que se encontraba el fenómeno individualizador al momento de ser analizado por Tocqueville; solo con el paso del tiempo se ha puesto de manifiesto de modo más nítido su alcance y sus consecuencias a nivel social. En el ámbito de la institución familiar, científicos sociales contemporáneos han observado que, más allá del componente afectivo en las relaciones, la estructura de vínculos al interior de las familias parece haber sufrido transformaciones sustantivas (Morandé, 2017). A este respecto, no es claro que el eventual debilitamiento de vínculos en este ámbito pueda ser compensado por el surgimiento de otras formas de asociación, lo que podría sugerir que la asociatividad como solución política impulsada por la autoridad posee ciertos límites.

Por otra parte, el análisis que hace Tocqueville de la sociedad norteamericana lleva a preguntarse cómo es posible que en un país donde el individualismo democrático ha penetrado tan profundamente, la vida política parece simultáneamente tan activa. En efecto, el francés observa que el arte de la asociación arraigó de modo profundo en el pueblo estadounidense, posiblemente porque desde el comienzo careció de jerarquías que vincularan socialmente a los ciudadanos; así, la asociatividad que fue necesaria para dar cohesión a la sociedad norteamericana terminó por configurar su modo de ser. Sin embargo, ese dinamismo político convive con un individualismo fuerte, captado por el mismo Tocqueville, en que cada uno parece bastarse a sí mismo y buscar su realización en la independencia privada. ¿Cómo se combinan estos dos fenómenos, en principio opuestos?

Lo que parece dar respuesta a esta paradoja es la uniformidad de pensamiento en la sociedad norteamericana evidenciada por Tocqueville. En efecto, el autor alerta contra dos tendencias distintas de la igualdad: por una parte, la independencia total y en última instancia, la anarquía; y por otra, la uniformidad, la servidumbre frente a la opinión dominante (Tocqueville, 2018, II, 4, 1, p. 1105). La asociatividad estadounidense parece prevenir del primer riesgo; pero el

peligro de la servidumbre –que Tocqueville considera más sutil y preocupante– permanece vivo. Así, el autor encuentra en la sociedad norteamericana el culmen de la libertad política y, simultáneamente, el lugar donde la libertad de pensamiento se encuentra más amenazada.

En suma, la solución tocquevilliana a las tensiones internas de la democracia –en cuya raíz se encuentra el fenómeno del individualismo– no es otra que la asociación, aunque el mismo autor parece ser consciente de algunos límites de su hallazgo.⁶ Aunque fundamental para una sana democracia, la misma obra de Tocqueville y las preguntas que despierta sugieren que la asociatividad local no sería suficiente frente al debilitamiento de los lazos comunitarios ni ante la tiranía del pensamiento dominante. La lucidez del francés le permitió comprender que su análisis del “arte de la democracia” lo dejaba a las puertas de algo más que mera asociación. Si los ciudadanos norteamericanos, pese a asociarse para todo, veían limitada fuertemente su libertad de pensamiento, entonces la libertad democrática no quedaba del todo salvada por la asociatividad local, pese a sus bondades.

ALGO MÁS QUE ASOCIACIÓN

El asociacionismo contemporáneo en sus diversas formas recoge la intuición tocquevilliana acerca de la asociatividad local, que encuentra en la sociedad civil robusta un elemento clave para la libertad en democracia. La amplia investigación en el ámbito de la economía política o la ciencia política de autores como Elinor y Vincent Ostrom (Ostrom, 2015; Ostrom y Ostrom, 2014), Robert Putnam (2000) o Paul Dragos Aligica (2014) revela su fascinación por la asociatividad como condición de posibilidad para cuestiones como la descentralización del poder, la eficacia política o la libertad de emprendimiento.⁷ La noción de capital social de Putnam (2000), por ejemplo, se apoya en la idea de que una sociedad caracterizada por la reciprocidad generalmente es más eficiente que una sociedad donde no hay confianza (p. 21). En otras palabras, los motivos que llevan a estos autores a interesarse por la asociatividad local parecen distar del diagnóstico inicial de Tocqueville acerca del individualismo democrático. En efecto, como ha hecho notar Dana Villa (2006), la idea de sociedad civil de Tocqueville como esfera de organizaciones intermedia entre el individuo y el Estado ha sido tantas veces reformulada, que ya no parece haber acuerdo sobre dónde reside su importancia (p. 216). Esto ha dado origen a una amplia literatura sobre asociatividad local que no guarda relación con la preocupación de Tocqueville por el

⁶ Como ya se ha mencionado, el otro camino que identifica Tocqueville para superar el encierro democrático es la religión, que el autor parece comprender de un modo bastante instrumental al objetivo político.

⁷ Cf. Putnam (2000); Ostrom (2015); Ostrom y Ostrom (2014); Aligica (2014).

individualismo propio del fenómeno democrático, cuestión que el francés considera crítica por sus consecuencias negativas sobre la libertad política e intelectual de los ciudadanos. Gran parte del asociacionismo contemporáneo parece simplemente ciego frente a este problema. Muchos autores encuentran en la asociatividad local una solución para diversos fines en el ámbito organizativo y funcional, pero centran su atención en formas de asociación que no siempre contribuyen a mitigar el aislamiento del individuo democrático.

En apariencia, las corrientes asociacionistas contemporáneas persiguen lo mismo que Tocqueville: asegurar la libertad en un régimen democrático. Sin embargo, no parecen percibir –al menos, no en la misma magnitud– las amenazas a la libertad que el francés encuentra latentes en la misma democracia. En la raíz de esta diferencia de valoración es posible hallar una discrepancia acerca de la noción misma de libertad. En efecto, para Tocqueville la libertad implica independencia frente al despotismo, pero va un paso más allá. La idea de libertad que late en los escritos tocquevillianos parece suponer no solo la autonomía respecto de un poder político desmedido, sino también el despliegue de lo humano en una dimensión intelectual y moral, cuya condición de posibilidad es la acción común.⁸ En otras palabras, el autor no entiende la libertad como la autonomía radical del individuo aislado, sino como su capacidad de florecimiento a partir de la interacción con otros. Esta idea de libertad está vinculada tanto a la libertad de pensamiento ya mencionada como a la vieja noción de virtud: la idea de un perfeccionamiento humano mediante la acción, desde el reconocimiento de una politicidad humana natural (Aristóteles, 2015: 1098b-1099a, 2005: 1253a). Según Kahan (2015) el propósito de la nueva ciencia política que pretende inaugurar Tocqueville es fundamentalmente moral: nuestro autor apunta a que el resultado de la democracia sea la grandeza humana (p. 179). Se trata de un crecimiento intelectual y moral que se daría, precisamente, al superar el individuo el atomismo democrático e implicarse en la acción en común con otras personas. Desde esta perspectiva, la libertad democrática no sería la mera autonomía respecto a coacciones externas, la sola capacidad de elegir ni el disfrute apacible de la independencia privada descrito por Constant, sino el despliegue de las potencialidades humanas en un *ser con otros*, en la deliberación y la acción comunes.⁹

⁸ Se trata de una perspectiva convergente a la de autores contemporáneos como Hannah Arendt (Cf. Arendt, 2003).

⁹ “Democratic citizens are free and flourishing not because their local association fixes a pothole instead of a central power or because they have the choice to join a different community that is better at fixing potholes. Primarily, democratic citizens are free and flourishing because they are not alone. They are not alone in fixing potholes. They are not alone in the “public road”, at church or at home [...]. The unifying feature of Tocqueville’s associationalism is the other-regarding virtue that allows the citizen to escape solitude by offering a deeply rooted, robust, and well-habituated alternative to atomism, from the home to the local community” (Wilford, 2019, p. 60).

Ahora bien, esta noción de libertad parece encontrarse ausente de parte importante de la literatura contemporánea sobre democracia y asociatividad local. Lo anterior permite comprender el motivo por el que muchos de esos autores simplemente ignoran la cuestión del individualismo democrático: para ellos, es simplemente un ‘no problema’, que no guarda ninguna relación con la libertad. Así, no habría necesidad de ayudar al ciudadano democrático a salir de su encierro. Para parte importante del asociacionismo contemporáneo, lo esencial es la capacidad ciudadana de unirse en torno a objetivos comunes para evitar la dependencia excesiva respecto de un poder central o las disfuncionalidades sociales derivadas de la falta de cohesión. Pero la ceguera respecto del individualismo impide captar el efecto limitante que puede ejercer la democracia sobre la libertad de pensamiento –cuestión que, como se ha visto, alarma a Tocqueville–, e incluso puede volver invisible el creciente poder del Estado sobre los individuos, también en sociedades democráticas, al diluirse ciertas formas de asociación que median entre ellos y el poder político.¹⁰ Así, al asumir implícitamente una idea de libertad más estrecha que la de Tocqueville, estos autores dejan de percibir los efectos últimos de la revolución democrática sobre la misma libertad que buscan defender.

De este breve análisis de la noción de libertad en perspectiva tocquevilliana surge la pregunta acerca de qué tipo de asociaciones la hacen posible. Si lo que se busca es no solo autonomía sino combatir el aislamiento democrático y, en último término, crear las condiciones para cierta grandeza humana, habría que dar prioridad política al surgimiento y conservación de las asociaciones que mejor contribuyan a este objetivo. Las democracias sanas requieren de una amplia variedad de formas de asociación –comerciales, políticas, culturales, educacionales, etc.–, pero evidentemente no todas ellas contribuyen de igual modo a la superación del individualismo democrático que identificó nuestro autor. Para el asociacionismo contemporáneo, pareciera que lo que la democracia requiere es simplemente asociación. Para un asociacionismo en clave auténticamente tocquevilliana, en cambio, lo que hace falta son *ciertos tipos de asociación* que ayuden a combatir nuestra tendencia a encerrarnos en nosotros mismos y rescatar así a la democracia de sus propios riesgos.¹¹ La experiencia muestra que no basta la mera asociación reversible orientada a fines puntuales para conseguir este objetivo: la sana democracia requiere no solo asociarse instrumentalmente para dar con soluciones eficientes a problemas comunes, sino recuperar el

¹⁰ Al estudiar los orígenes del totalitarismo y su relación con la sociedad de masas, Arendt detecta lúcidamente los riesgos de la disolución de vínculos sociales y la consecuente pérdida de articulaciones internas de la sociedad (Cf. Arendt, 1974).

¹¹ Evidentemente también son necesarios otro tipo de asociaciones –como las comerciales– en vistas a otros fines. No se trata aquí de pretender prescindir ingenuamente de formas contractuales de asociación, sino hacer notar que la asociación *por sí misma* no contribuye al objetivo de superar el individualismo democrático.

sentimiento de alteridad y, por lo tanto, la capacidad y el placer de salir de nosotros mismos para ir al encuentro de aquello que nos es exterior, de aquello que es objetivo (Manent, 2016, p. 191).

Un modo de distinguir entre formas de asociación más o menos adecuadas frente al desafío que identifica Tocqueville es el *tipo de vínculo* que articula una agrupación humana. La distinción entre vínculos comunitarios y contractuales en la sociología contemporánea aporta una luz interesante sobre este punto. Los vínculos comunitarios serían aquellos lazos que se experimentan como una constatación, mientras que los contractuales consisten en el acuerdo voluntario entre agentes racionales, cuyo rasgo central es el consentimiento (Nisbet, 2009). Los primeros se caracterizan por la idea de gratuidad, mientras que los segundos, por la lógica de intercambio de equivalentes y duran mientras se produce ese intercambio. Ferdinand Tönnies (2009) considera que los vínculos contractuales o societales son lazos que en realidad no vinculan, sino que mantienen a los individuos a distancia unos de otros. Si lo anterior es plausible, las asociaciones configuradas por relaciones de carácter más bien contractual no lograrían el objetivo de sacar a los individuos de su encierro y de permitirles percibir su vida en estrecha conexión con la de otros, ni implicarse en una verdadera acción y deliberación común.¹²

El asociacionismo contemporáneo, cuyo objetivo suele ser una libertad entendida como autonomía y la búsqueda de eficiencia en la solución de problemas sociales, no distingue entre diversos tipos de vínculo. Es más, la atención parece orientarse como mayor facilidad hacia la promoción de formas de asociación instrumentales, en que los individuos se organizan circunstancialmente para la resolución de asuntos comunes desde una lógica más bien contractual, mientras que quedan en la sombra las formas de asociación configuradas por una noción de gratuidad. Pero esa no es la lógica de Tocqueville. Para él, aquello que amenaza a las sociedades democráticas es la atomización y el aislamiento derivados del sentimiento de semejanza democrático, y superarlos implica algo más que unirse accidentalmente a otras personas para desarrollar una tarea colectiva: apunta más bien a cambiar el eje de la propia vida, abrir el yo enclaustrado a otros, abandonar la comprensión estrictamente individual de la propia identidad y redefinirla a partir de relaciones capaces de otorgar un horizonte de sentido. Desde esta perspectiva, el desafío político de las democracias contemporáneas consistiría en promover

¹² El amplio espectro de asociaciones locales –familias, escuelas, negocios, clubes, asociaciones deportivas, organizaciones voluntarias, etc.– obviamente supera esta caracterización esquemática entre dos tipos de vínculos. Es posible que una misma organización combine vínculos comunitarios y contractuales, y que esa combinación se dé en muy diversos grados. Lo que aquí se intenta resaltar es que las asociaciones configuradas *fundamentalmente* por vínculos contractuales difícilmente cumplen el objetivo de ayudar a superar el individualismo democrático, aunque lógicamente son necesarias para otros fines.

activamente la asociatividad local, pero de modo especial aquellas formas de asociación articuladas por vínculos no instrumentales.

Sin una preocupación específica por ese tipo de asociaciones, la traducción política del asociacionismo contemporáneo está destinado al fracaso. La asociación esporádica y contractual no parece suficiente para reconstituir los vínculos desde su raíz ni para promover una auténtica libertad en democracia, una libertad que sea más que ausencia de coacción e independencia privada, una libertad que apunte a una forma de florecimiento humano mediante el pensamiento y la acción con otros. En última instancia, pareciera que la mera asociatividad con fines puramente funcionales, aunque contribuya a recuperar en cierto modo el tejido social, no alcanza para sacar al hombre de sí mismo, para liberarlo de su aislamiento y ayudarlo a vincularse a otros, para conseguir que se implique verdaderamente en los asuntos comunes. La experiencia norteamericana, en la que conviven una rica asociatividad civil con el individualismo más marcado, parece ser una muestra de ello. La obra de Tocqueville pone de manifiesto la necesidad de estimular la asociatividad local, y simultáneamente invita a interrogarse por el tipo de vínculos sociales capaces de fundamentar una democracia sana y salvarla de sus propios riesgos. Aún está pendiente la tarea de llevar a cabo una reflexión sistemática sobre esas formas de asociación que hacen posible simultáneamente la cohesión social y la libertad, pero el análisis del individualismo democrático en Tocqueville constituye un punto de partida fundamental para ese cometido. Si el hombre democrático quiere ir más allá de sí mismo, si quiere dejar de ser solo individuo y volver a ser ciudadano, necesita algo más que asociación reversible para fines puntuales, por más que esto sea un inicio. La fuerza interior que requiere para pensar con libertad –esencial para la deliberación común– y para abrirse al riesgo de vincularse auténticamente, habrá de buscarla en otra parte.

RECONOCIMIENTOS

La autora agradece el apoyo de la Beca Josefina Cruzat de Larraín, otorgada por la Universidad de los Andes, Chile.

REFERENCIAS

- Aligica, Paul Dragos (2014). *Institutional Diversity and Political Economy. The Ostroms and Beyond*. Oxford University Press.
- Arendt, Hannah (2003). *La condición humana*. Paidós.

► **Artículos:** La asociatividad no basta: Tocqueville frente al individualismo democrático.

Arendt, Hannah (1974). *Los orígenes del totalitarismo*. Taurus.

Aristóteles (2015). *Ética Nicomaquea*. Colihue.

Aristóteles (2005). *Política*. Losada.

Constant, Benjamin (2019). *La libertad de los modernos*. Alianza Editorial.

Craiutu, Aurelian (2005). Tocqueville's Paradoxical Moderation. *The Review of Politics*, 67, 599-629.

Foucault, Michel (2010). *La verdad y las formas jurídicas*. Gedisa.

Hirschman, Albert (1978). *Las pasiones y los intereses. Argumentos políticos en favor del capitalismo antes de su triunfo*. Fondo de Cultura Económica.

Hobbes, Thomas (1982). *Leviathan*. Penguin Classics.

Kahan, Alan (2015). Democratic Grandeur: How Tocqueville Constructed His New Moral Science in America. En Christine Dunn Henderson (Ed.), *Tocqueville's Voyages: The Evolution of His Ideas and Their Journey Beyond His Time*, pp. 177-201. Liberty Fund.

Manent, Pierre (1990). *Historia del pensamiento liberal*. Emeccé.

Manent, Pierre (2016). *Curso de filosofía política*. Instituto de Estudios de la Sociedad.

Mansuy, Daniel (2019). Tocqueville y el individualismo democrático. En Claudio Alvarado R. (Ed.), *Primera persona singular. Reflexiones en torno al individualismo*, pp. 41-62. Instituto de Estudios de la Sociedad.

Montesquieu (2007). *Del espíritu de las leyes*. Losada.

Morandé, Pedro (2017). La familia como comunidad de personas. En Andrés Biehl y Patricio Velasco (Eds.), *Pedro Morandé. Textos sociológicos escogidos*, pp. 273-286. Ediciones Universidad Católica.

Nisbet, Robert (2009). *La formación del pensamiento sociológico*. Amorrortu.

Ostrom, Elinor (2015). *Governing the Commons: The Evolution of Institutions for Collective Action*. Cambridge University Press.

- Ostrom, Elinor y Ostrom, Vincent (2014). *Choice, Rules and Collective Action: the Ostroms on the Study of Institutions and Governance*. ECPR Press.
- Putnam, Robert (2000). *Bowling Alone: The Collapse and Revival of American Community*. Simon & Schuster.
- Schleifer, James (2012). How to Preserve Liberty? En James T. Schleifer (Ed.), *The Chicago Companion to Tocqueville's Democracy in America*, pp. 101-117. University of Chicago Press.
- Tocqueville, Alexis de (2018). *La democracia en América*. Trotta.
- Tönnies, Ferdinand (2009). *Comunidad y asociación: el comunismo y el socialismo como formas de vida social*. Comares.
- Villa, Dana (2006). Tocqueville and Civil Society. En Cheryl B. Welch (Ed.), *The Cambridge Companion to Tocqueville*, pp. 216-244. Cambridge University Press.
- Wilford, Sarah (2019). Towards a More 'Tocquevillian' Social Science: Family, Gender, Loyalty, and Virtue in Modern Democratic Associationalism. En Donald J. Boudreaux, Christopher Coyne y Bobbi Herzberg (Eds.), *Interdisciplinary Studies of the Political Order*, pp. 41-66. Rowman & Littlefield International.